

su delirio, semejante á aquella gran ramera que nos describe San Juan en el Apocalipsis, que embriagó toda la tierra con el vino de su prostitucion y con la copa dorada que tenia en su mano llena de sus abominaciones é inmundicias, principió á inundar toda la Europa y especialmente nuestro suelo con libros atestados de doctrinas impías y licenciosas tan funestas á la Religion y los Reyes, como enemigas de la paz, de la abundancia, del orden y bien estar de los Pueblos. Entonces fué cuando el Sr. Rubin desplegó todo su celo y firmeza de caracter oponiéndose como muro insuperable á la introducion de semejantes libelos impíos, obscenos y corruptores de la moral y de las costumbres: entonces fué cuando apuró todos los recursos de su ardiente caridad y prudencia para arrancarlos de las manos incautas de la juventud, siempre ansiosa de novedades. ¡Ah España desgraciada, al fin beviste el veneno que tantos dolores te ha causado, y que el Sr. Rubin con tanta piedad y celo apartaba de tus labios!

Era ademas su conducta irrepreensible y modesta y brillaban en él las virtudes que el Apostol nos enseña que deben adornar un Obispo; especialmente la caridad, que como dice mi Angélico Maestro, es el alma y forma de todas ellas, pues sola la caridad nos hace verdaderamente pacientes, benignos, humildes, sufridores de las injurias, y tan olvidados de nuestros propios intereses y derechos, como celosos por los de la Religion, del Soberano, de la Patria y de todos nuestros próximos. Tal debe ser el caracter del hom-

